

A pesar de las desavenencias o rupturas con algunos sectores sindicales y políticos, Vallejo no abandonó su labor de luchador social. En 1983 se integró al PSUM y continuó con sus labores al frente del MSF, organización desde la que buscó establecer una unión con el Frente Ferrocarrilero Democrático (FFD) encabezado por Valentín Campa. A pesar de la reticencia de diversos miembros, la coalición se realizaría en 1984. Vallejo continuó como consejero de los trabajadores de la empresa Pascual, y por recomendación suya decidieron formar una cooperativa. En 1985 se integró a la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión como diputado plurinominal por el PSUM, una posición que le permitió enfatizar la decadencia que se vivía en el FNM, así como criticar al gobierno por el alza de los precios y las violaciones constitucionales. Demetrio Vallejo murió a causa de un infarto, el 24 de diciembre de 1985. El libro de Begoña no sólo constituye un gran aporte a la historia del movimiento obrero —por el retrato que realiza de uno de los principales dirigentes de los ferrocarrileros del siglo XX—, sino también al género biográfico, una de las ramas de la historia a la que menor atención se le ha prestado en el ámbito historiográfico mexicano y en la que —como muestra este trabajo— es posible lograr resultados de gran valía cuando se tiene la paciencia y la imaginación para reunir datos que permitan reconstruir la vida de un personaje, pero sobre todo darle un sentido.

Los transterrados de 1939, de José Luis Abellán

Pilar Ramiro Esteban*

José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, México/Madrid, FCE, 1998.

“**N**unca en la historia de España se había producido un éxodo de tales proporciones ni de tal naturaleza” afirma Vicente Llorens refiriéndose al exilio español y citado por José Luis Abellán en el libro que nos ocupa. La obra en cuestión trata sobre los filósofos del exilio republicano de 1939 y es una superación de la *Filosofía española en América (1936-1966)*, que el mismo Abellán considera deficiente en el Prólogo a su nuevo ensayo por el contexto franquista en que se investigó y publicó la obra, y en cuya gestación muchos filósofos se negaron a facilitarles sus libros, “temerosos del uso que pudiera hacer de ellos”.

La verdadera intención de Abellán consiste en escribir un capítulo de la filosofía española, y que es uno de los más importantes por la calidad y cantidad de sus representantes. Para el filósofo José Luis Aranguren, la filosofía española no puede prescindir de la aportación de los emigrados; sin embargo, la historia del pensamiento americano —donde los filósofos exiliados fueron acogidos e integrados en universidades de México y Venezuela— no puede arrebatarle y pertenece a los países americanos, en la

* Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

medida en que estos pensadores dedicaron su esfuerzo y estudio a formar nuevos intelectuales; tal es el caso de José Gaos, en cuya dirección estuvo Leopoldo Zea, uno de los filósofos más eminentes de ese momento no ya entre los mexicanos, sino entre todos los de habla hispana —por lo demás, no se trata de un caso paradigmático, sino más bien de una regla general, según palabras del autor.

En la Introducción se presentan los antecedentes epistemológicos de la filosofía en la España de 1936, momento comparable con el Siglo de Oro; y aun cuando debieron transcurrir tres siglos para que el fenómeno se produjese nuevamente, no es gratuito, pues los presupuestos que el krausismo difundió desde mediados del siglo XIX y el amplio uso pedagógico que de los mismos hizo la Institución de Libre Enseñanza impulsó a la Generación del 98 para dar una fructuosa difusión a la filosofía en el panorama español. Los orígenes de este renacimiento filosófico, del que son continuadores los filósofos transterrados de 1939, están en la cultura alemana y el viaje de Sanz del Río a Alemania en 1844, y el contacto hispano con el krausismo. De ahí sigue la influencia de Nietzsche y de Schopenhauer en la generación del 98, y a principios del siglo pasado aparece una irreversible reacción contra el siglo XIX con el neokantismo, donde van a inspirarse Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Manuel García Morente o María de Maeztu. Sin embargo, parte importante de la filosofía española de las primeras décadas del siglo XX reacciona contra el positivismo o el

neokantismo, de donde surgen posturas, ideologías y planteamientos claramente definidos que pueden considerarse anticipación del existencialismo, como puede señalarse a propósito de Miguel de Unamuno.

La obra está constituida por seis partes, de las cuales la filosofía catalana y la herencia de Ortega, las dos primeras, son las más extensas. José Luis Abellán centra su atención en José Ortega y Gasset, pues si bien no se puede considerar exiliado, fue un maestro de quienes vinieron después, debido a su gran influencia en lo que ha dado en llamarse la “Escuela de Madrid”. Ortega ganó adhesión filosófica para su doctrina, la que obtiene con la Cátedra de Metafísica en la Universidad Central de Madrid en 1910, reaccionando al neokantismo (objetivo epistemológico) y al fundar el primer circunstancialismo. A él le seguirán algunos catedráticos en la Facultad de Filosofía y Letras en Madrid, entre ellos Manuel García Morente (1912), Xavier Zubiri (1926) y José Gaos (1933), a los que se unirá en calidad de profesora María Zambrano. En relación con este núcleo central están Luis Recaséns Siches, Lorenzo Luzuriaga, José M. Gallegos Rocafull y Francisco Carmona Nenclares, junto a otros que por afinidad o tutelaje siguieron las orientaciones del maestro: Manuel Granell, Julián Marías o Antonio Rodríguez Huéscar.

La “Escuela de Madrid” pudo empezar a funcionar institucionalmente gracias a la reforma educativa emprendida por el Gobierno de la II República, y sí fue una escuela en sentido filosófico cuando se parte de la definición de José Gaos: “una unidad de

orientación histórica y doctrinal, una común valoración de las personas y reconocimiento de jerarquías y una labor articulada, en muchos casos verdadera colaboración”. La “Escuela de Madrid” existió entre 1933 y 1939, aunque ese año, a consecuencia de la Guerra Civil, se desintegrara y la mayoría de sus integrantes pasasen al exilio. Por tal razón Abellán le dedica todo un capítulo: “La herencia de Ortega”, aunque María Zambrano, Gallegos Rocafull y Rodríguez Huéscar se estudien por separado. Una de las aportaciones de las tertulias de la “Escuela de Madrid” fue la *Revista de Occidente* (1923), y sus influencias se dejaron ver en la Residencia de Estudiantes, donde se publicó su primer libro *Meditaciones del Quijote* (1914), así como la Residencia de Señoritas dirigida e impulsada por María de Maeztu.

Para Abellán es crucial la influencia de Ortega incluso en filósofos lejanos a sus coordenadas, como Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora y Eugenio Imaz entre otros, pues a decir del filósofo mexicano Raúl Cardiel Reyes: “En todos ellos, aun en aquellos que lo han negado expresamente, tuvo influencia esencial Ortega y Gasset. A Unamuno lo asimilaron, como dijo muy bien Gaos, desde las escuelas y doctrinas que habían recibido a través de Ortega”.

El otro índice del nivel alcanzado por la filosofía española antes de la Guerra Civil lo da la también llamada “Escuela de Barcelona”, cuya existencia es negada por muchos. Esta denominación corresponde a Eduardo Nicol, quien dice que dicha escuela no tiene maestro, ni puede fijarse una

constitución, careciendo de una unidad de doctrina que hace difícil precisar quiénes pertenecen a ella. En la “Escuela de Barcelona” hay una afinidad de estilo y de tono en un espíritu catalán de larga tradición histórica, desde el medievalismo, el goticismo, y el romanticismo retardado, como matices peculiares de la vida que expresa parcialmente una evasión y en parte afirmación de ilusiones e ideales presentes: es la conciencia de una continuidad tradicional, del que es ejemplo el *seny*, rasgo notorio del *ethos* catalán, una forma medieval y autóctona de la *sagesse* o sapiencia, entendida como capacidad del hombre mesurado y de buen consejo, que rechaza todo lo extravagante y desorbitado que remonta al *Libre de Saviesa* del siglo XIII, hasta el aparato de bondad de Serra Hunter, pasando por el *Libre de Blanquerna* de Ramón Llull y las poesías de Ausias March.

Para Eduardo Nicol la “Escuela de Barcelona” toma conciencia de un mismo espíritu que venía desde Ramón Llull y Arnau de Vilanova, la cual llegaba a un Eugenio D’Ors, que a partir de 1914 había iniciado una tarea de renovación filosófica similar a la que Ortega realizaba en círculos madrileños. Por peculiar que sea, una vez establecida su existencia, Abellán presenta a los filósofos de esta escuela que pasaron al exilio: Jaume Serra Hunter, Joaquín Xirau, Joaquín Roura-Parella, Eduardo Nicol, Domingo Casanovas, José Ferrater Mora y Juan David García Bacca, aunque este último, en la opinión de Abellán, se aleja del espíritu de los catalanes, por lo que le dedica la quinta parte: “Un gran